

El solar de los Aftásidas: casi medio siglo de una publicación imprescindible¹

BRUNO FRANCO MORENO

Consorcio de la Ciudad Monumental de Mérida

bruno@consorciomerida.org

Si en algo adolecen los estudios del siglo XI en la Península Ibérica, sobre todo en la etapa correspondiente a la desintegración del califato omeya y la creación de los reinos de taifas, es el estudio en profundidad de su surgimiento, disputas y enfrentamientos, no sólo entre ellos, sino también contra los reinos cristianos.

Por ello la labor emprendida por Manuel Terrón, en la segunda mitad del pasado siglo, con su trabajo sobre el reino aftasí cobra más importancia, no olvidemos por otro lado que tan titánica labor fue realizada de manera individual, no cómo hoy día que se dispone de equipos interdisciplinares, donde cada especialista aporta su conocimiento, lo cual le imbuye de un mérito todavía mayor.

Previamente al desarrollo de tan ingente trabajo, el autor analiza la etapa anterior, cuando la dinastía omeya se afianza en al-Andalus durante la etapa final del emirato y a lo largo del periodo califal. Etapa que en nuestra región resulta fundamental para conocer la evolución de todo el occidente de al-Andalus a lo largo de la undécima centuria. Y esto es así porque durante el periodo omeya se organizaría todo el entramado administrativo de la región, tanto en lo tocante a la distribución de su poblamiento, como a las distintas demarcaciones territoriales, que influirán de manera decisiva en las vicisitudes que atañerán al reino aftasí de Badajoz en la segunda mitad del siglo XI.

Como hemos adelantado, si la etapa correspondiente al periodo omeya se encuentra bastante bien estudiada, sobre todo a partir de las últimas décadas, la etapa de los reinos de taifas se encuentra todavía cubierta de demasiados interrogantes que dificultan su completa comprensión. De este modo la labor emprendida por Manuel se erige en un trabajo que se antoja imprescindible para el conocimiento de la formación del reino aftasí, su consolidación y apo-

¹ Mientras me encontraba redactando esta pequeña contribución a la obra y figura de D. Manuel Terrón, me llega la triste noticia de su fallecimiento. Desde aquí quiero manifestar mi más sincero pésame a su familia y amigos, y que esta breve contribución a la labor realizada en vida sirva para recordar a la persona: amante de su tierra, divulgador infatigable y guía para presentes y futuros estudiosos de nuestro pasado.

geo, sin olvidar su triste final (fig. 1). Obra que se erigió en referente de los estudios islámicos de su época que en nada desmerece a trabajos de similares empresas dedicados a otros reinos de taifas del solar peninsular, emprendidos por historiadores y arabistas de al-Andalus realizados en fechas más recientes.

Nuestro autor ha manejado con solvencia las fuentes árabes y cristianas de las que dispuso en el momento de la redacción de su obra, por tanto tuvo un conocimiento bastante exacto de las vicisitudes por las que atravesó el reino. De igual modo hace un recorrido por los asentamientos conocidos en las fuentes adscritos a tan extenso territorio, en la mayoría de las ocasiones visitados en persona, lo que le confiere un conocimiento de primera mano.

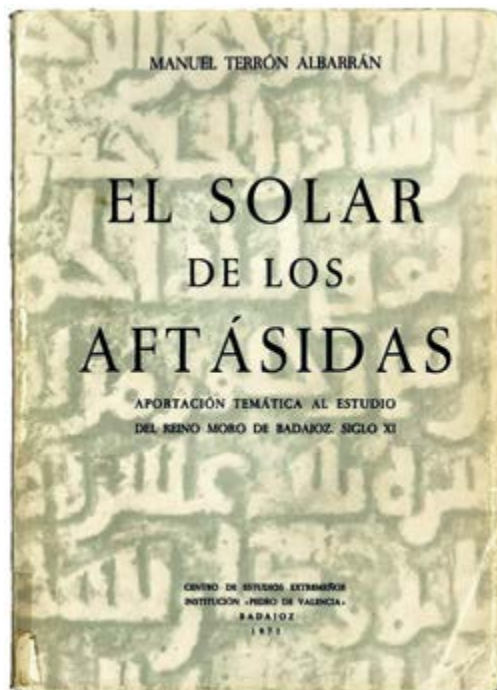


Fig. 1 El solar de los aftásidas. 1971

Por todo ello, lo podríamos considerar pionero en los estudios de nuestro pasado andalusí, donde no sólo ha sido autor o director de obras tan trascendentes para el conocimiento del legado islámico en la región como el libro objeto de esta efeméride “El solar de los Aftásidas”, sino también de su “Extremadura musulmana” o de la “Historia política de la Baja Extremadura en el periodo islámico”, entre los títulos más representativos; este último dentro de aquella empresa de historiar el pasado de la Baja Extremadura de la que fue su mentor. En el primero de estos trabajos recoge en profundidad todo lo que significó el reino taifa de Badajoz, que tras el realizado por D. Matías Ramón Martínez y Martínez a principios del siglo pasado, son las únicas publicaciones de la región que tratan monográficamente dicho periodo.

ÉPOCA DE REDACCIÓN: ÚLTIMOS AÑOS DE LA DICTADURA Y ESCASEZ DE ESTUDIOS SOBRE AL-ANDALUS.

Debemos empezar diciendo que la obra se redacta en una etapa de nuestra historia donde los estudios del pasado andalusí en Extremadura no pasaban por su mejor momento. A ello se une la escasa documentación conservada sobre la región en dicha centuria, por lo que hay que valorar el esfuerzo titánico realizado por el autor al iniciar dicha empresa, que reiteramos lleva a cabo de manera individual y sin las valiosísimas aportaciones que proporcionan hoy día los trabajos arqueológicos. De hecho fue el propio autor el que propondría pocos años más tarde de publicarse la obra, la necesidad de iniciar un programa de excavaciones en el recinto de la alcazaba, que aportase más documentación sobre este notable lugar que señalaría los inicios de la andadura de Badajoz como centro urbano de primera categoría en el organigrama político de al-Andalus, y de este modo poder contrastarlo con lo recogido en las fuentes historiográficas, y así obtener un mayor conocimiento sobre su evolución y desarrollo.

Debió causar cierto revuelo cuando no estupefacción entre los medios de la época y sus lectores, la publicación de una obra que rememorara la grandeza de una ciudad y su correspondiente territorio bajo el periodo de la dominación islámica de la Península Ibérica, sobre todo si tenemos en cuenta que la etapa más conocida e incentivada desde los distintos órganos de investigación del Estado y de la propia región era la romana. Hoy día parecería natural, sobre todo tras la proclamación de nuestro sistema democrático y la andadura del Estado de las Autonomías, donde cada región incide en el periodo histórico donde más ha sobresalido, pero en la época de su redacción y publicación dichos estudios no despertaban apenas el interés de los profesionales de la materia,

sobre todo en nuestro país, sobresaliendo en este aspecto autores de los países de nuestro entorno, que a la postre fueron los que influirían de manera decisiva en los estudios de nuestro pasado islámico.

Y es aquí, al igual que en otros aspectos de la historia de nuestra región, donde el esfuerzo realizado por Terrón Albarrán cobra un singular mérito, no sólo por embarcarse en dicha andadura, con todo lo que ello significa, sobre todo si tenemos en cuenta que su formación no es la de historiador, arqueólogo o filólogo, sino que partiendo de sus estudios de derecho y de su profesión dedicada a la judicatura, emprende un trabajo que abarcaba varias disciplinas con la dificultada agravada de la lengua árabe.

Sin duda le animaba la admiración, el amor a su tierra y el dar a conocer entre el gran público el pasado esplendoroso de la ciudad que lo vio nacer. Y no es para menos, si recordamos que tras la desintegración del Califato, se erigiría en capital de una de las taifas (mulūk al-ṭawāʾif) más extensas de al-Andalus (independiente hacia 1016), con una extensión de casi cien mil km², limitando con las actuales Galicia, León, Sevilla, Sierra Morena, el Algarve y el Atlántico. También jugaría un importante papel como centro cultural de la época, principalmente durante el gobierno de *al-Muẓaffar Ibn al-Aḫṣas*, donde tuvieron cabida numerosos poetas y artistas que residieron en la ciudad, llegando a elaborarse la mayor enciclopedia de la época, lamentablemente perdida tras los numerosos enfrentamientos mantenidos en la segunda mitad del siglo XI.

Para ello Manuel Terrón emprende la composición del trabajo dividiéndolo en varios apartados, de donde, desde mi punto de vista, debemos destacar los que a continuación señalamos.

LA COMPOSICIÓN SOCIAL DEL REINO: IMPORTANCIA DE LAS COMUNIDADES “MOZÁRABE” Y BEREBER.

No hay duda de la importancia de la comunidad cristiana bajo el dominio árabe en todo el occidente andalusí, por lo menos hasta finales del siglo IX, incluso se llega a validar la creación de un obispado para Badajoz a principios del siglo X, aunque el propio autor, en trabajos posteriores llega a desmentirlo, ante el hallazgo de nuevas fuentes y reinterpretaciones de lo ya conocido.

No obstante, sí es conocida por las fuentes y el registro arqueológico la presencia de comunidades cristianas en el medio rural y en algunos de los núcleos urbanos que integraban el reino aftasí a lo largo del siglo XI: Coimbra, Viseu.. que fueron perdiendo prestancia ante el proceso de islamización y

arabización de su sociedad. Mucho más discutible es, y así lo ha publicado en su trabajo: “*Petrus Primus Episcopus Pacensis...*”, el nombramiento de un obispado en Badajoz en los inicios del siglo XI. En todo caso, confirma la presencia de un obispo *in partibus infidelium*, nombramiento imbuido de carácter más áulico que canónico.

EL USO DE LA TOPONIMIA.

En el siempre pantanoso y complicado mundo de la toponimia, Terrón Albarrán realiza una puesta al día de buena parte de la terminología conservada para el conocimiento de enclaves geográficos (asentamientos, ríos, nombres de lugares, etc.). Es verdad que se vale del gran trabajo realizado por Asín Palacios en relación a los accidentes geográficos y los cursos fluviales (fig. 2), pero su indagación de los nombres y ubicación sobre el territorio es resultado del estudio personal.



Fig. 2 Asín Palacios. Contribución a la toponimia árabe de España

A fecha de hoy dicho trabajo continúa siendo uno de los más elaborados y precisos para el conocimiento de buena parte de la geografía peninsular más septentrional, utilizado en sus trabajos por filólogos, geógrafos, historiadores y arqueólogos, tanto de España como de Portugal.

Así en el apartado dedicado al elevado número de población (tribus) de procedencia norteafricana asentada en buena parte del territorio aftasí, queda patente el uso de la toponimia, en bastantes casos conservados hasta nuestros días, como son los ejemplos de localidades o asentamientos, como Magacela (Um-Gazzal), Mojáfar (Um-Yafar), Miknasa (Mingazo), Azuaga (Zuwaga), Maimona (Masmuda), etc. Estudio en profundidad donde trata de los beréberes y su huella, que a día de hoy continúa siendo un trabajo que no ha perdido vigencia, donde realiza una puesta al día de los nombres, lugares y enclaves con presencia norteafricana en la franja más occidental de al-Andalus, mayoritariamente asentados durante el periodo omeya.

LA PRESENCIA ALMORÁVIDE Y EL PRINCIPIO DEL FIN. SAGRAJAS O AZAGALA: EL LUGAR DE LA BATALLA.

Incuestionable para el avance en la investigación de la época resulta el trabajo realizado en el apartado dedicado a la presencia de los almorávides en la corte aftasí, el planteamiento de la batalla de Sagrajas (fig.3) y las consecuencias últimas para el reino. Las tropas musulmanas congregadas acamparon cerca de Badajoz, acogidas por al-Mutawakkil, y fue en sus proximidades donde tuvo lugar la **batalla de Sagrajas o Zallaqa** el viernes 12 de rayab de 479H (23 de octubre de 1086), a orillas del río Guerrero, a una decena de kilómetros al noreste de Badajoz, que se saldó con una amplia victoria de las huestes islámicas, siendo destacada la participación de al-Mutawakkil. Según narra el emir ‘Abd Allah, último rey zirí de Granada en sus memorias, el soberano aftasí fue el encargado de transmitir el mensaje de Alfonso VI al emir almorávide en el que lo retaba al encuentro.

Tras esta victoria, las relaciones de los taifas con el emir almorávide empeoraron y finalmente los soberanos andalusíes sucumbieron al expansionismo de la dinastía norteafricana. La taifa aftasí fue la última en caer; de nada le valdría a al-Mutawakkil solicitar la ayuda de Alfonso VI; con la muerte del último monarca y de buena parte de su familia se cierra una etapa de la historia de la ciudad que quedaría encumbrada por literatos e historiadores para la posteridad.



Fig. 3 croquis con los itinerarios y batalla de Zallaca

LOS ITINERARIOS.

Bastante bien recogido por la historiografía árabe, tanto para la etapa omeya, como para las posteriores, el autor realiza una actualización de toda la documentación conservada, que en algunos casos se ha visto refrendada por las intervenciones arqueológicas realizadas en las últimas décadas. Se analizan las magnitudes viarias recogidas por los geógrafos árabes y su conversión sobre el terreno, ofreciendo en ocasiones distancias que coinciden perfectamente con las actuales en algunos de los núcleos urbanos que han llegado hasta nuestros días.

En buena medida los caminos e itinerarios utilizados en la época son los heredados de la presencia romana, si bien otros aparecen por vez primera, al erigirse nuevos enclaves sobre el territorio, como Miknasa, Xarisa (Jerez de los Caballeros) o Nafza (Mojáfar). En este aspecto hay que valorar el estudio realizado con las más que probables ubicaciones de los núcleos bereberes recogidos en las fuentes con el nombre de Miknasa y Nafza; el primero situado con toda proba-

bilidad en la confluencia de los ríos Almonte y Tozo, no muy alejado de Trujillo, y el segundo en el despoblado de Vascos, próximo a la localidad de Villar del Pedroso (fig. 4). Para ello Terrón se vale de lo recogido por los geógrafos árabes de los siglos X al XII, como al-Istajri, Ibn Hawqal o al-Idrisi. Directamente relacionado con los itinerarios se encuentran los emplazamientos de la época, que el autor divide en ciudades y asentamientos fortificados en altura, al igual que recogen los autores árabes, ubicándolos sobre el territorio que conformó el reino aftasí, la mayoría de los cuales han llegado hasta nuestros días.

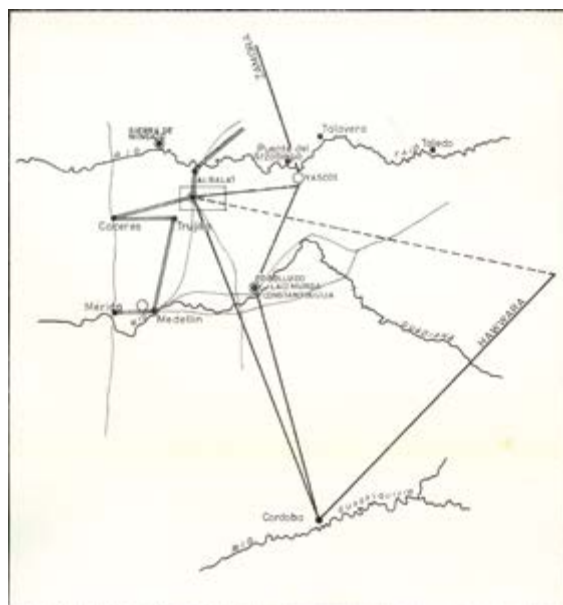


Fig. 4 Plano sit. Mik. y Nafza

Hipótesis sobre la situación de Miknasa y Nafza

Los dobles círculos con fondo negro indican las tres posibilidades geográficas discutidas en torno al emplazamiento de la ciudadela beréber de Miknasa y que han sido objeto de estudio en el texto; el rectángulo junto a Trujillo dentro del cual queda uno de los círculos apunta la zona más óptima donde puede situarse. Los círculos en blanco muestran aquellos lugares donde pudo estar Nafza. El trazo negro intenso, los enlaces rectilíneos de caminos desde Córdoba, y el de trazo discontinuo uno de los lados del triángulo geográfico sugerido en el texto interpretando el itinerario del al-Istajri. Las líneas de trazo fino indican las rutas de calzadas romanas aludidas y las líneas paralelas el camino de Ibn Hauqal.

Como colofón de esta magna obra, Terrón lleva a cabo un estudio sobre el nombre de la ciudad y su fundación, así como un avance de su urbanismo, el más actualizado del momento, hasta las intervenciones arqueológicas realizadas por el profesor Valdés en la alcazaba pocos años después.

El nombre y su origen: El topónimo Badajoz deriva del árabe Baṭalyaws, *Balad al-lauz*, según Corominas, ciudad o región de las almendras, que algunos estudiosos hacen derivar del latino *Pax Augusta*. Terrón Albarrán, aunque descarta la etimología planteada por Corominas, sí reconoce que el primer nombre escrito de la ciudad es el árabe, que aparece por vez primera, en la historiografía árabe, en los sucesos del año 835/220, recogidos por Ibn Hayyan en su *Muqtabis* II con motivo de las revueltas que tienen lugar en Mérida. De lo que no hay duda y Terrón lo ratifica, es de que **el nombre de Badajoz no es una evolución fonética de Pax Augusta**, dicha etimología fue planteada por los estudiosos de los siglos XVI-XVII, si no antes, en base a cuestiones puramente políticas por rivalidades mantenidas entre la antigua diócesis portuguesa de Beja y la de nueva creación en Badajoz tras la conquista cristiana. Con ello se quería demostrar su misma antigüedad y así justificar la creación de nuevos obispados o solventar la situación geopolítica del Algarve entre las coronas de Portugal y Castilla.

Por último, no queríamos terminar esta breve reseña al magnífico trabajo desarrollado por Terrón en su *Solar de los Aftásidas*, sin hacer referencia a la literatura de la corte aftasí, con el extracto de un poema, de los muchos que se recogen en el libro, donde trasmite la querencia y la admiración por una ciudad que llegó a tocar el cielo pero que por cuestiones del destino quedó varada a la espera de tiempos más felices.

“Esta vega es como una virgen ya núbil, cuyas vestiduras son las únicas de la primavera y cuyas joyas son las flores”

Abu Abd Allah Ibn al-Bayn al-Batalyawsi (s. XI)